
MIRA
SUSAN
WIGGS
JUNTOS
en el LAGO

SUSAN WIGGS

JUNTOS en el LAGO



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Susan Wiggs. Todos los derechos reservados.
JUNTOS EN EL LAGO, Nº 247 - abril 2010
Título original: Snowfall at Willow Lake
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8398-6
Editor responsable: Luis Pugni
Imágenes de cubierta:
Pareja: ELENA ELISSEEVA/DREAMSTIME.COM
Paisaje: AVATAVAK/DREAMSTIME.COM

PRIMERA PARTE

Febrero

EFECTO LAGO

Cada invierno, cuando el frío aire del ártico barre América del Norte, se levantan tormentas de nieve a lo largo de las orillas de los lagos. Durante estas precipitaciones a las que se conoce como ventiscas provocadas por el efecto lago, se acumula una enorme cantidad de nieve en zonas relativamente pequeñas. Con frecuencia, mientras una de estas tormentas golpea una determinada zona, no muy lejos de allí se puede disfrutar de un cielo soleado y sin nubes.

1

Avalon, condado de Ulster, Nueva York

Todas y cada una de las emisoras que sintonizaba la radio de la camioneta de Noah Shepherd advertían de forma incesante sobre lo mismo: el Servicio Meteorológico Nacional había anunciado una borrasca propicia para la formación de una tormenta desencadenada por el efecto lago. Las autoridades aconsejaban que todo el mundo permaneciera aquella noche en sus casas para que las carreteras estuvieran despejadas y a disposición de los vehículos de urgencias. El aeropuerto del condado llevaba dos horas cerrado e incluso las máquinas quitanieves más potentes tenían problemas para desplazarse por la autopista. Sólo un loco o un imprudente podía estar en la carretera en un momento como aquél.

Bueno, un loco, un imprudente o un veterinario. A Noah le habría gustado que el limpiaparabrisas fuera más rápido. La nieve que cubría el parabrisas comenzaba a helarse, formando una sólida capa blanca. Apenas podía decir si estaba o no en la carretera.

Las leyendas decían que cuando se producía el efecto lago, se desencadenaba la magia. Pero si aquello tenía algo de mágico, Noah prefería enfrentarse a la realidad.

Debería haber aceptado el ofrecimiento de los Osmond. Después de que ayudara a parir a su yegua, le habían invitado a quedarse en su casa a pasar la noche

y esperar a que amainara la tormenta. Pero por lo que decían los informes meteorológicos, la borrasca tardaría días en alejarse y era incluso posible que la tormenta empeorara. Además, tenía en la clínica al perro de los Palmquit, a un gato recuperándose de una operación de la columna vertebral y a sus propios animales, que en aquel momento incluían a un cachorro abandonado. Sabía que siempre podía llamar a Gayle, su vecina, para que les echara un vistazo, pero no le gustaba molestarla. Con su marido al otro lado del océano y tres hijos a su cargo, lo último que necesitaba Gayle era tener que pasar por la clínica para ver cómo andaban sus pacientes.

Además, tenía la bata y los pantalones de veterinario llenos de sangre y fluidos y necesitaba desesperadamente una ducha. Llevaba puesto su gorro favorito: un gorro de lana con orejeras. Pertenecía a su «fase de panoli», como había dicho una de sus ex novias. Noah tenía un buen número de ex novias. Las mujeres de su edad no solían aspirar a vivir con un veterinario rural.

Se inclinó hacia delante y miró con los ojos entrecerrados la carretera. Iluminados por los faros, los copos de nieve parecían volar directamente hacia él, como si se tratara de los efectos especiales de una película. Pensó en *La Guerra de las Galaxias*, en el momento en el que el Halcón Milenario volaba a toda velocidad. Y aquel pensamiento, por supuesto, le animó a silbar entre dientes la banda sonora de *La Guerra de las Galaxias*. Aburrido de aquella lenta conducción, imaginó que el parabrisas era una ventana a una galaxia muy, muy lejana. Él era Han Solo y los copos de nieve, las estrellas. Le dio las órdenes precisas a su copiloto, que se animó al oír la voz de su amo.

–Prepárate para acelerar, Chewe. ¿Has oído? Acelera.

Rudy, completamente mudo en su asiento, jadeó en respuesta, cubriendo de vaho la ventanilla.

Daphne, la última novia de Noah, solía acusarle de comportarse como un niño que no quería crecer. Y Noah, con la sutilidad de un martillo neumático, había sugerido medio en broma que podían hacer unos cuantos niños entre los dos para que así tuviera a alguien con quien jugar.

Aquélla había sido la última vez que había visto a Daphne.

Sí, se le daban realmente bien las mujeres. No le extrañaba que trabajara exclusivamente con animales.

–General Kenobi, objetivo a la vista. Un detonador térmico –dijo.

Imaginó entonces una esclava galáctica enfundada en un bikini formado de cadenas. Ojalá el universo le enviara a alguien así.

Cambió entonces su tono para decir con voz de barítono y un pésimo acento inglés:

–Confío en que encuentres lo que buscas. Y...

Vio una sombra en la carretera, justo delante de él. Giró el volante y aflojó la presión sobre el acelerador. La camioneta patinó en el hielo. Rudy escarbaba desesperadamente en el asiento, intentando mantenerse erguido. En medio de la carretera apareció un ciervo de ojos enormes, mostrando las costillas a través de su espeso abrigo invernal.

Noah se inclinó sobre el volante. El ciervo se puso inmediatamente en acción, cruzó la carretera, saltó la cuneta y desapareció en la oscuridad. El invierno era la peor época del año para los animales del bosque. Era la estación del hambre.

La radio continuaba emitiendo partes meteorológicos y Noah la apagó.

Ya estaba casi en casa. No veía nada que pudiera indicárselo, era sólo la sensación de estar cerca de su hogar. Además de en la residencia de la facultad de veterinaria de Cornell, no había vivido nunca en ningún otro lugar. Se suponía que cada buzón de aquellas casas debe-

ría estar señalizado por una columna de cemento, pero era tan fuerte la ventisca que tanto los buzones como las columnas habían terminado enterrados en la nieve.

De modo que presentía, más que veía, el lago Willow, que permanecía a su izquierda. El lago Willow era el más hermoso del condado, una belleza natural rodeada de la vida salvaje de Catskill. En aquel momento era imposible reconocerlo tras la espesa columna de nieve que se acumulaba en la cuneta. La casa de Noah estaba enfrente de la carretera del lago, en un alto. A lo largo del borde del lago, había varias cabañas de veraneo que solían estar vacías en invierno.

–General Azkanabi, necesitamos refuerzos –dijo, mientras la música iba aumentando de volumen en su mente–. ¡Necesito que me envíen a alguien inmediatamente!

En ese instante vio... algo. Un resplandor rojo entre la nieve. Dejó de silbar. Levantó el pie del acelerador y mantuvo los ojos fijos en aquel resplandor rojizo que al cabo de un rato se convirtió en una luz. Sí, eran las luces traseras de un coche que parecía haber quedado atascado en la nieve.

Paró en medio de la carretera; el coche todavía estaba en marcha. Podía ver salir el humo del tubo de escape. Las luces traseras cobraban un aspecto misterioso en medio de la noche. Uno de los faros delanteros estaba enterrado en un banco de nieve. El otro iluminaba al ciervo con el que había chocado aquel vehículo.

–No te muevas de ahí –le ordenó Noah a Rudy.

Agarró su maletín, en el que llevaba suficiente sedante como para relajar a un ciervo, encendió la linterna y salió a aquella noche de tormenta. La nieve volaba a su alrededor y el viento aullaba y se clavaba en su rostro como si estuviera formado por cuchillas de hielo. Corrió hacia el coche y miró a su ocupante por la ventanilla. Era una mujer que parecía tener problemas con el teléfono móvil.

La mujer bajó la ventanilla en cuanto llegó.

–Menos mal que ha llegado –dijo, y salió del coche.

No iba en absoluto vestida para aquel tiempo, eso era evidente. Llevaba un abrigo de diseño elegante y unas botas de cuero de tacón alto y finísimo. No llevaba sombrero, ni guantes. El viento azotaba su rubia melena, ocultando parcialmente su rostro.

–Ha llegado muy rápido –gritó.

Noah imaginó que pensaba que era alguien enviado por el servicio de ayuda en carretera o del departamento de autopistas. No había tiempo para explicaciones.

Ella pareció compartir su urgencia, pues le agarró de la manga y le llevó a la parte delantera del coche, tambaleándose sobre sus botas.

–Por favor –dijo nerviosa–. No puedo creer que me haya pasado algo así. ¿Cree que podrá salvarle?

Noah iluminó al animal con el frontal. No era el ciervo con el que se había encontrado minutos antes, sino un ciervo con un cuerno roto. Tenía los ojos vidriosos y jadeaba de una forma que Noah identificó al instante: aquélla era la respiración de un animal en estado de shock. No vio sangre, pero en muchas ocasiones, eran las heridas internas las que acababan con la vida de un animal después de un choque.

Maldita fuera. Odiaba tener que matar a un animal. Sencillamente, lo odiaba.

–Por favor –le suplicó la mujer–, tiene que salvarlo.

–Aguante esto.

Sacó una linterna de su maletín y se la tendió. Él se sentó al lado del animal y emitió unos sonidos guturales con los que pretendía tranquilizarle.

–Tranquilo, amigo.

Se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de su parka para palpar el vientre del animal. No encontró ninguna marca, ningún fluido. Tampoco nada inusualmente blando o caliente. A lo mejor...

Sin previa advertencia, el animal comenzó a sacudir

las patas traseras buscando un punto de apoyo para levantarse. Noah recibió un duro golpe en el brazo y retrocedió. El ciervo se levantó y saltó sobre el banco de nieve. Noah se colocó instintivamente delante de la mujer, para protegerla de los cascos del animal mientras éste corría hacia el bosque.

–¡No le he matado! –exclamó la mujer–. ¡Le ha salvado!

No, pensó Noah, aunque seguramente el efecto había sido impresionante: el ciervo se había levantado en cuanto le había puesto las manos encima. No quiso decírselo a ella, pero todavía había muchas posibilidades de que el animal cayera en alguna parte en medio del bosque y terminara muriendo.

Apagó la luz del frontal y se enderezó. La luz de la linterna iluminó su rostro, cegándole por completo. Cuando parpadeó, la mujer bajó la linterna.

–Lo siento.

Noah se puso los guantes y le preguntó:

–¿Hacia dónde se dirigía?

–Iba hacia la casa de los Wilson, ¿sabe dónde está?

Noah entrecerró los ojos, intentando orientarse. Sí, aquella mujer se había salido de la carretera justo a la altura del camino de acceso a su casa.

–Avance unos cuantos metros hacia el lago y ya estará allí. Puedo llevarla si quiere.

–Gracias.

Los copos de nieve cubrían sus pestañas y parpadeó para apartarlas. Noah se fijó entonces en su rostro, sorprendentemente bonito, aunque pálido y tenso también.

–Voy a por mis cosas.

La mujer le devolvió la linterna y sacó de su coche un bolso, una enorme bolsa y una maleta con ruedas con numerosas tarjetas de diferentes compañías aéreas. Bajo el resplandor de la linterna, Noah consiguió ver algunas palabras escritas en una lengua extranjera. ¿Gravenha-

ge? No tenía la menor idea de lo que era eso. Había también una tarjeta con un sello oficial del Departamento de Estado o algo parecido. Vaya, pensó. Aquella mujer era todo un misterio.

Apagó el motor y las luces del coche.

–Supongo que ahora no podemos hacer nada con el coche –dijo.

–No, por lo menos esta noche.

–Llevo algunas maletas más en el maletero. ¿Cree que puedo dejarlas allí?

–No creo que ésta sea la mejor noche para un ladrón –Noah se dirigió hacia su camioneta y abrió la puerta de pasajeros–. Atrás –le ordenó a Rudy y el perro saltó inmediatamente al asiento trasero.

La mujer vaciló un instante. Se abrazó a su bolso y le miró fijamente. Incluso bajo la tenue luz del interior de la cabina, Noah pudo advertir que tenía los ojos azules. Y que había dejado de mirarle como si fuera el «hombre que susurraba a los ciervos» para mirarle como si fuera el psicópata del hacha.

–Me está mirando como si fuera un asesino.

–¿Y cómo puedo estar segura de que no lo es?

–Me llamo Noah Shepherd –se presentó–. Vivo justo allí. Ése es el camino de la entrada de mi casa –señaló.

El camino subía hacia una casa flanqueada de pinos cubiertos en aquel momento de nieve. El resplandor de una de las ventanas y la luz del porche creaban una brumosa aura dorada alrededor de la puerta principal. La entrada a la clínica, la residencia canina y los establos estaban a la izquierda, pero apenas se distinguían las luces de seguridad.

La mujer se detuvo y se mordió el labio.

–Incluso los asesinos viven en alguna parte.

–Exacto. En ese caso, ¿cómo puedo estar seguro de que usted no es una asesina?

La mujer no se dejó alterar por la pregunta.

–No puede saberlo –respondió, y se metió en la camioneta.

Mientras rodeaba el vehículo para sentarse tras el asiento del conductor, Noah se preguntó si habrían comenzado a actuar fuerzas extrañas. Él jamás había pensado en ese tipo de cosas, pero, ¿acaso no acababa de desear encontrarse con alguien? ¿Le estaría escuchando por fin el universo?

Por supuesto, no tenía ninguna información sobre aquella pasajera inesperada. Y como ella misma había señalado, ni siquiera sabía si era o no la asesina del hacha.

Pero no le importaba. Era una mujer preciosa y estaba sentada en su camioneta.

Esperaba que el olor a humedad del perro no le molestara demasiado. «No lo eches todo a perder», se advirtió a sí mismo mientras se sentaba tras el volante. Intentaría no dar ningún paso en falso. Todavía no sabía si su compañera de viaje estaba casada, era lesbiana, estaba comprometida o era una psicópata. De lo único que estaba seguro era de que...

–Maldita sea –exclamó sin poder evitarlo–. ¿Por qué no me había dicho que estaba herida?

Agarró la linterna, la iluminó y siguió con la linterna la sangre que brotaba a la altura de su rodilla, empapando los pantalones.

La mujer emitió un sonido con la garganta. Parecía tan asustada que Noah se encogió por dentro. Vio después que comenzaba a temblar y a jadear como si le costara respirar. Dijo algo en un idioma extranjero, un dialecto alemán, quizá. Sonaba como una oración. Alzó la mirada hacia él con un miedo salvaje, como si estuviera viviendo la peor de sus pesadillas.

–Eh, no tiene por qué asustarse –intentó tranquilizarla Noah.

Pero para entonces, ella ya parecía estar muy lejos de allí. Como si el pánico la hubiera arrastrado hasta

otro lugar. Casi inmediatamente, se derrumbó contra el asiento e inclinó la cabeza hacia un lado.

–Eh –volvió a decir Noah, más alto en aquella ocasión.

¿Se había desmayado? Noah se quitó el guante y buscó su carótida para tomarle el pulso. Continuaba viva, gracias a Dios.

–Vamos, señorita –la urgió, posando la mano en su mejilla–. Despiértese.

Tras él, Rudy intentaba escarbar en el asiento y aullaba. Probablemente había percibido el olor del miedo y la sangre. Se detuvo después, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Eso le enseñaría, pensó Noah. Cuando había pedido a las estrellas que le enviaran a alguien, debería haber sido más específico. Debería haber pedido una miss y no una extranjera desquiciada que se desmayaba al ver su propia sangre.

Por lo que Noah podía deducir, aquello era una pérdida de conciencia provocada por la herida, el miedo y la ansiedad. En los animales a veces era un mecanismo de defensa. En los humanos, no estaba muy seguro de qué podía significar. Pero significara lo que significara, tenía que tomarle la tensión y vigilar la herida.

Se aseguró de que la camioneta tuviera activada la tracción a las cuatro ruedas y giró hacia el camino de su casa. Pasó por delante de la casa para llegar al siguiente edificio, donde tenía la clínica. Aquella propiedad había sido en otro tiempo la granja de su familia. Cuando tres años atrás había terminado sus estudios, había decidido convertirla en una clínica veterinaria.

Salió de la camioneta y le hizo un gesto a Rudy. El chucho saltó con agilidad por encima del asiento delantero, salió y corrió por los campos nevados. Era evidente que estaba deseando huir de aquella desconocida.

Noah salió y abrió la puerta del asiento de pasajeros.

–¿Señorita? ¿Puede oírme?

La mujer seguía sin responder. Noah volvió a tomarle el pulso y la sacó de la camioneta con torpeza, tambaleándose sobre la nieve, que le cubría hasta las rodillas. No era una mujer alta, pero no era fácil cargar con un peso muerto. Abrió la puerta de la clínica con el hombro, entró y se detuvo para desactivar el sistema de alarma, todo ello sin dejar caer a su paciente. Después cruzó la zona de recepción para dirigirse a la sala de exploración y dejó a la mujer sobre una camilla de acero inoxidable. Aunque no estaba diseñada para seres humanos, era lo único que tenía.

–Señorita –volvió a decirle.

Maldita fuera. Se preguntó si tendría que aplicarle la técnica de reanimación cardiopulmonar.

–Vamos, vamos –insistió mientras le colocaba una máscara de oxígeno.

La máscara era para hocicos, no para bocas, pero presionando con fuerza, consiguió que cumpliera su función.

La desconocida abrió los ojos. Una vez despierta, comenzó a retorcerse y a gritar.

Noah retrocedió con las manos en alto.

–Tranquila, tranquila, ¿de acuerdo? –le suplicó, pensando en el sedante que tenía en el maletín.

Se preguntó qué diría su inesperada paciente si le pidiera que no le obligara a inyectarle un sedante para caballos. No, no era una buena idea. Pero no tenía la menor idea de lo que debía hacer. ¿Debería tocarla? ¿Intentar tranquilizarla? ¿Echarle agua en la cara? Definitivamente, tenía que tranquilizarla.

–Señorita... –posó la mano en su muñeca con intención de tomarle el pulso.

Gran error. La mujer retrocedió como si le hubiera quemado. Se puso de rodillas sobre la camilla y le miró como si tuviera frente a ella a Jack el Destripador.

–Señorita... –repitió Noah, plantándose ante ella

para evitar que se cayera en el caso de que volviera a desmayarse–, se pondrá bien, se lo prometo. Por favor, míreme, estoy en condiciones de ayudarla, pero tiene que intentar tranquilizarse.

Por fin pareció asimilar sus palabras. Noah advirtió que el miedo desaparecía de sus ojos mientras tomaba aire, haciendo un visible esfuerzo por calmarse.

–Eh –le dijo, resistiendo la necesidad de tomarle la mano–, tranquilícese, todo va a salir bien –utilizaba su tono más tranquilizador, el mismo que usaba para apaciguar a los gatos más salvajes y a las mofetas furiosas–. Estamos en una clínica –era preferible que decirle que era un veterinario–. Necesito asegurarme de que está bien. Le prometo que es lo único que quiero.

La mujer comenzó a temblar. Tenía el rostro tan blanco como la luna.

–Sí –contestó–, no sé lo que me ha pasado.

–Supongo que lo que ha experimentado es un síncope vasovagal. En un lenguaje más accesible, se ha desmayado al ver la sangre. También hay algún tipo de trauma físico, de modo que necesito hacerle algunas preguntas y tomarle la presión y el pulso.

En aquella ocasión, pareció comprenderle. Noah se atrevió entonces a tomarla por la barbilla y observar sus pupilas. Su piel tenía la suavidad del terciopelo, pero estaba helada y húmeda. Noah advirtió el esfuerzo que estaba haciendo para no temblar, distinguió la resolución en su rostro.

–Lo siento –dijo ella con voz trémula–. Ha sido imperdonable.

Cuadró los hombros y alzó la barbilla. Pareció ganar confianza. Fue como si de pronto se hubiera convertido en una persona diferente. La víctima asustada había desaparecido y en su lugar había una mujer segura y controlada, aunque continuaba temblando de forma visible.

–No tiene por qué disculparse. A mucha gente le

asusta su propia sangre. Eso sólo demuestra que es humana.

–¿Dónde estamos?

–En mi clínica.

–¿He chocado delante de su clínica? Ése sí que es un buen plan –sonrió débilmente.

–¿Le había pasado antes? –preguntó Noah–. Me refiero al desmayo.

–No, jamás.

–Antes de desmayarse, ¿recuerda si le ha dolido el pecho, la cabeza, o si tenía problemas para respirar?

–No, estaba bien a su lado. Me encontraba perfectamente hasta que...

Noah se quitó la parca. Se acordó entonces de que tenía la bata de veterinario manchada tras haber atendido el parto. Se volvió rápidamente para que no pudiera verle, tiró la ropa sucia a un cubo y agarró una bata limpia del laboratorio.

Su paciente estaba extremadamente callada. Se volvió y la descubrió mirando fijamente su torso desnudo. Su boca, una boca perfecta incluso para una mujer desquiciada, formaba una perfecta «o» de sorpresa. Continuaba pálida, probablemente todavía había algún riesgo de que se desmayara. Y a pesar de lo mucho que pudiera Noah desearlo, no era por su físico. Algo la había asustado, y esperaba no ser él.

–Sólo necesito ponerme ropa limpia –le dijo Noah.

La mujer miró entonces a su alrededor. Noah sintió que su confianza en él comenzaba a abandonarla. En la Facultad de Veterinaria no le enseñaban a nadie que no tenía que quitarse la camisa delante de un paciente, porque, como regla general, al paciente era lo último que le importaba.

–Lo siento –musitó. Se colgó rápidamente un estetoscopio al cuello, esperando que aquel gesto pudiera tranquilizarla–. Le prometo que sólo quiero ayudarla.

–Y yo se lo agradezco –respondió ella, agarrándose

a la camilla–. No voy a dejarme llevar por el pánico. Eso no es... no es propio de mí. Y todo esto me recuerda demasiado a Rocky Horror Picture Show.

Noah recordó inmediatamente la imagen de Susan Sarandhon en bragas y sujetador.

Ojalá, pensó.

Bajó la camilla con un pedal.

–Continúa sangrando. No, no mire –no quería que volviera a desmayarse–. Voy a tener que mirarle esa pierna –se lavó las manos en el lavabo, sacó un par de guantes de látex del dispensador, y le miró la pierna mientras se los ponía–. Voy a tener que cortarle los pantalones –le dijo, y no pudo disimular una sonrisa.

–¿Le parece gracioso?

–No, simplemente, es algo que nunca he tenido que decirle antes a un paciente. Siéntese ahí, ¿de acuerdo? Y túmbese para estirar la pierna.

Para su sorpresa, la mujer obedeció inmediatamente mientras miraba a su alrededor, fijándose en un cartel sobre gatos y en un calendario de una empresa farmacéutica especializada en medicamentos para animales.

–No es un verdadero médico, ¿verdad?

–Vaya, ésa es mi pregunta favorita. Mire, si fuera un verdadero médico, sólo conocería la anatomía y las patologías de una especie, no de seis. Sólo tendría una especialidad, en vez de nueve.

–Supongo que es algo que le dicen muchas veces.

–Sólo las suficientes como para enfadarme –retrocedió y alzó la mano–. Mire, si lo prefiere, no continúo.

–Si no le importa, preferiría que me mirara directamente la herida.

–Tendré que examinarla para ver si tiene algo más.

–Lo único que tengo mal es la rodilla.

–Es posible que tenga heridas internas. Tendré que examinarle el pecho y el vientre para ver si hay moratones y palparle el abdomen.

–No está de broma, ¿verdad? –se tensó–. No tengo nada. No me he dado ningún golpe ni nada parecido. No me duele nada. Sólo la rodilla.

Noah no iba a presionarla. La situación ya era suficientemente extraña.

–Podría llamar al servicio de urgencias, pero en una noche como ésta, no me gustaría molestarlos por un asunto que no es de vida o muerte.

–Éste no es un asunto de vida o muerte. Créame, conozco la diferencia.

–De acuerdo. De momento, me ocuparé sólo de la rodilla, pero si nota cualquier cosa, doble visión, mareos, cualquier cosa, dígamelo.

Le tomó la tensión. Estaba dentro de los parámetros normales, lo cual era una buena señal. Si hubiera tenido una hemorragia interna, le habría bajado la tensión.

–Muy bien, vamos a echar un vistazo a esa rodilla.

La mujer se tumbó y se tapó los ojos con el antebrazo.

–Comprenderá que no mire.

–Sí, ya he notado que no le gusta la sangre.

Seleccionó un par de cuchillas y comenzó a cortar los pantalones de lana oscura. El fino cuero de la bota estaba empapado en sangre. Continuó cortando hacia arriba, esperando no tener que subir demasiado y terminar pareciendo un pervertido. El corte de la rodilla tenía forma de arco; seguramente se había cortado con el guardabarros.

–Tiene un corte justo por encima de la rodilla –que probablemente le dolía bastante. No era un mal corte, pero había sangrado mucho–. Tendré que ponerle puntos.

–¿Puede hacerlo?

–Sí, pero no soy cirujano plástico. Haga lo que haga, le quedará una cicatriz.

–En ese caso, ¿no puede detener la hemorragia y esperar a que la cosa mañana un cirujano?

–No podemos esperar tanto tiempo. El riesgo de infección es demasiado alto. El máximo que podría permitirse cualquier médico son siete horas y mañana por la mañana las carreteras continuarán cerradas.

–En ese caso, póngame los puntos. Supongo que me acostumbraré a la cicatriz.

–Muy bien. Puedo anestesiar la zona. Probablemente necesitará una docena de puntos. Si los hago muy pequeños, reduciré al máximo la cicatriz.

Consideró la posibilidad de ofrecerle un tranquilizante para calmar sus nervios, pero no estaba seguro de la dosis. Probablemente pesaba lo mismo que un rottweiler, así que ochenta miligramos bastarían. O quizá no. Sería mejor que se limitara a la anestesia local.

En cualquier caso, esperaba no tardar mucho en dormir la zona. Le resultaba extraño tener una paciente a la que no tuviera que sujetar. Inyectó la anestesia local y ella ni respingó.

–En un par de minutos, estará dormida la zona.

–Cuento con ello –apartó el antebrazo de los ojos, volvió la cabeza y miró hacia el mostrador–. Si me porto bien, ¿me dará una de las galletas que tiene en ese tarro?

–Podrá comerse todas las que quiera –contestó Noah, mientras abría el envoltorio de la bandeja de sutura–. Ayudan a refrescar el aliento y a blanquear los dientes.

–Creo que no me vendrán mal.

Noah se quitó los guantes y se concentró en la bandeja. Muchos animales tenían una piel más delicada que la de los humanos. Eligió el nylon 3-0 y una aguja de las que se empleaban como material de sutura estándar para los equinos.

Se puso unas gafas de aumento, inclinó la luz y comenzó a trabajar con toda la precisión de la que fue capaz para evitar que terminara con una cicatriz como una cremallera. La sintió temblar otra vez y se pregun-

tó si debería hablar para tranquilizarla un poco y, sobre todo, evitar que se moviera.

–No sé cómo se llama –le dijo.

–Sophie. Sophie Bellamy. Y puede tutearme.

–¿Tienes alguna relación con los Bellamy que tienen un centro turístico en el norte del lago?

–Sí, alguna. Estuve casada con Greg Bellamy. Ahora estamos divorciados.

Pero conservaba el apellido de casada, observó Noah.

–Tengo dos hijos en Avalon –continuó explicándole Sophie.

Probablemente aquello explicaba lo del apellido. Lo que no explicaba era por qué sus hijos no vivían con ella. Noah se recordó a sí mismo que no era asunto suyo. Las personas eran muy complicadas. Los seres humanos eran una especie en absoluto sencilla. Era mucho más fácil trabajar con animales. Tratar con humanos era como estar cruzando un campo minado.

Un poco de conversación intrascendente, pensó. Intentaría distraerla hablando de algo irrelevante.

–¿Y estás por aquí de visita? ¿O vuelves de algún viaje?

Sophie vaciló como si estuviera considerando su respuesta, algo extraño, puesto que no era una pregunta en absoluto desafiante.

–He aterrizado esta tarde en el aeropuerto JDK. Por culpa del tiempo han suspendido los vuelos al aeropuerto de Kingston-Ulster, así que he decidido venir en coche. Supongo que podría haber venido en tren, pero estaba deseando llegar.

Había aterrizado en JFK, ¿pero desde dónde llegaba? No lo preguntó, esperando que fuera ella la que aportara aquella información. Como no lo hizo, se concentró en su tarea. La piel de los humanos era extraordinariamente parecida a la de los perros o los caballos, pensó mientras cosía.

–¿Te quedas con los Wilson? –le preguntó.

–No exactamente. Me quedaré en su casa. Ellos sólo la utilizan durante el verano. Alberta, Bertie, Wilson y yo nos conocimos en la Facultad de Derecho.

–Oh –se quedó paralizado–. ¿Eres abogada?

–Sí.

–¿Una abogada de verdad?

–De acuerdo, supongo que me lo merezco.

–Podrías habérmelo dicho antes de que empezara a ponerte los puntos.

–¿Me habrías tratado de forma diferente?

–No sé –contestó Noah con sinceridad–. A lo mejor no te habría tratado de ninguna manera. O podría haberte pedido que firmaras un documento.

–Eso nunca detiene a un buen abogado –pero añadió rápidamente–: De todas formas, no tienes nada de lo que preocuparte. Me has rescatado y has cortado la hemorragia. Lo último que haría sería denunciarte.

–Me alegro de saberlo –Noah cortó el hilo y le lavó la herida–. Aunque probablemente deberías echarle un vistazo. No tiene muy buen aspecto.

Sophie se agarró a la mesilla y se sentó. Los puntos formaban una fina curva de color negro sobre su piel blanca, en aquel momento teñida de naranja por el desinfectante.

–Por lo menos he dejado de sangrar.

–Eso parece –colocó una gasa sobre la herida–. Ahora tendré que vendarla. Y tendrías que tener cuidado con los puntos. Si fueras uno de mis pacientes habituales, te pondría un collar de cartón para evitar que te mordieras la herida.

–En este caso, no será necesario.

–Mantén la zona todo lo seca que puedas.

–Creo que lo conseguiré –permaneció muy quieta mientras terminaba de vendarla.

Noah volvió a tomarle la tensión.

–No ha habido cambios. Eso es buena señal.

–Gracias, de verdad. No sabes cuánto te lo agradezco.

Noah le sostuvo las manos mientras ella bajaba hábilmente de la camilla. Se tambaleó ligeramente y Noah le rodeó la cintura con el brazo.

–Ahora, ve despacio. Y esta noche te conviene tener la pierna en alto.

–De acuerdo.

El impacto que le produjo tenerla contra él le sorprendió. Rozaba con la barbilla su pelo sedoso, percibía el olor a viento invernal en su pelo y la sentía suave y ligera contra él.

Sophie también pareció sobresaltarse por aquel contacto, se estremeció ligeramente, pero Noah no habría sabido decir si era por alivio o por miedo. Muy delicadamente, apartó el brazo y la condujo a la recepción. La zona de trabajo de Mildred estaba tan meticulosamente limpia y ordenada como lo era su ayudante. El escritorio de Noah estaba cubierto de periódicos, libros de referencia, juguetes y tarjetas de los propietarios de sus clientes. Había un tablón dedicado por completo a las notas de los niños y a las fotografías que se hacían con sus mascotas. A Noah le fascinaban los niños.

–Gracias otra vez. Ahora dime cuánto te debo.

–Estás de broma, ¿verdad?

–Yo nunca bromeo. Me has prestado un servicio profesional y tienes derecho a cobrar por ello.

–Exacto –hablaba como una auténtica abogada. Si hubiera hecho lo mismo con un doberman, Noah habría tenido que cobrarle un buen puñado de dólares–. Corre a cargo de la casa, y creo que deberías ver a un médico cuanto antes.

–Bueno, creo que has hecho más de lo que le exigía el deber. Acabas de convertirte en mi héroe.

Pero a pesar de aquel comentario, Noah continuaba detectando una sombra de miedo en su voz, de modo

que sospechó que sólo estaba intentando demostrar su valor... o su capacidad para la ironía.

–Es la primera vez que alguien me dice algo así.

–Estoy segura de que muchos de tus pacientes lo harían si pudieran hablar –desvió la mirada y Noah se alegró al ver que había vuelto el color a su rostro. Y, maldita fuera, era una mujer muy atractiva–. De todas formas, ahora debería intentar llegar a la cabaña.

–No, esta noche es imposible.

–Pero...

–Las carreteras están peor que nunca. Conozco la carretera que conduce a la casa de los Wilson, pero ahora está enterrada bajo la nieve. Seguramente la casa estará helada. Esta noche tendrás que pasarla aquí.

–¿Vas a prepararme una caja para que pase la noche?

–Justo al lado del gato de la señora Levinson –señaló el banco que tenía en la sala de espera–. Siéntate y pon la pierna en alto. Tengo que echarles un vistazo a mis pacientes. Después, iremos a mi casa. Esto no es el Ritz, pero puedo ofrecerte algo de comer y un lugar para dormir. Tengo cientos de habitaciones.

–Ya te he causado demasiados problemas.

–En ese caso, uno más no tiene ninguna importancia.

–Pero...

–En serio, no será ninguna molestia.

Se dirigió a la parte trasera de la clínica, iluminada por una luz azulada. Toby, el gato, estaba alerta, pero parecía satisfecho. Tenía agua más que suficiente. Brutus, un perro de raza beagle, dormía roncando sonoramente. La otra gata, Clementina, se estaba aseando metódicamente con la lengua.

Noah le quitó el recipiente de agua, que estaba prácticamente vacío.

–¿La has visto, Clem? –susurró–. ¿Puedes creerte mi suerte? Me ha tocado el premio gordo en la lotería de la carretera.

La gata le miró, parpadeó, levantó una pata y comenzó a lamérsela.

–Sí, chócala –dijo Noah.

Sí, sabía que era un accidente el que había llevado a Sophie a su vida. Pero a lo mejor también había intervenido el destino. La mujer más maravillosa de la galaxia, una mujer que le había llamado «mi héroe» estaba a punto de ir a pasar una temporada enfrente de su casa.

Sí, de acuerdo, estaba dándole demasiada importancia a un encuentro casual. Pero qué diablos. Han Solo no vacilaría un instante a la hora de sacarle provecho a la situación. Era una mujer muy atractiva y había dejado claro que estaba soltera. Y tenía hijos. A Noah le encantaban los niños. Siempre había querido tener una casa llena de niños. Su última novia le había dejado precisamente por eso. Pero acababa de encontrar una mujer que ya los tenía.

Se lavó las manos en el fregadero, diciéndose que no debía precipitarse, algo que tenía la mala costumbre de hacer siempre. El destino le había brindado una oportunidad dorada y le correspondía a él averiguar cuántas cosas podía ofrecerle.

Estaba completamente seguro de que jamás había conocido a nadie como Sophie Bellamy. Se preguntó quién sería aquella mujer en realidad, además de la ex esposa de alguien. Le habría gustado saber también de dónde había llegado y qué hacía conduciendo de noche en medio de la ventisca. Y la desesperación que había visto en sus ojos también le parecía preocupante.

SEGUNDA PARTE

Un mes antes

EPIFANÍA

Una epifanía es un descubrimiento repentino, la comprensión de uno mismo, un renacimiento a menudo provocado por un acontecimiento que altera de pronto la vida.

Originaria del griego, la palabra puede traducirse por «aparición» o «manifestación». La Epifanía es también una festividad católica que se celebra doce días después de la Navidad. Tradicionalmente, coincide con la visita de los Reyes Magos. Es un día de fiesta y celebración

Gougères

Los *gougères* son unos buñuelos de queso originales de Francia que se sirven tradicionalmente con champán seco, no brut.

Ingredientes

1 taza de agua

1 cucharada de mantequilla
½ cucharadita de sal
1taza de harina
4 huevos
1 ½ taza de queso Gruyère rallado

Precalentar el horno a 200 grados y preparar una bandeja con papel de horno. Echar el agua, la mantequilla y la sal en una cazuela, llevar la mezcla a punto de ebullición y reducir a fuego lento. Añadir rápidamente la harina y batir con una cuchara de madera hasta que la mezcla no se pegue a las paredes del recipiente.

Verter la mezcla, conocida como *pâte à choux*, en un cuenco y utilizar la batidora para batir los huevos, uno a uno.

Mezclar el queso con el *pâte à choux* e ir colocando a cucharadas sobre la bandeja. Hornear durante unos veinticinco minutos o hasta que los buñuelos adquieran un tono dorado oscuro. Servir calientes.

2

El Palacio de la Paz
La Haya, Holanda
6 de enero, Epifanía

La limusina, de un negro resplandeciente, se detuvo delante de un edificio gótico cuya silueta se recortaba contra el resplandor de las farolas en la niebla. Caía una lluvia intensa sobre el techo del coche y sonaba como si estuvieran taladrándolo con perdigones.

Tras el cristal que separaba el asiento de pasajeros del conductor, Sophie revisó su maquillaje y su peinado por última vez y cerró la polvera.

Dejó el bolso en un compartimento del reposabrazos. Como las medidas de seguridad para acceder al edificio eran tan extremas, prefería llevar únicamente la credencial.

Cuando había comenzado a asistir a las sesiones en el Palacio de la Paz, se sentía desnuda si no llevaba el bolso, pero con el tiempo, había llegado a acostumbrarse a participar en aquellas veladas tan formales sin el peine, el lápiz de labios, el juego de llaves o el móvil, todos ellos objetos prohibidos por razones de seguridad.

Aquella noche, las medidas de seguridad serían extremas. La decisión tomada por la Corte Penal Internacional sobre un caso al que Sophie había dedicado los últimos dos años de su vida había sido controvertida y temían que pudiera incitar a la violencia.

La limusina ocupó su lugar tras otros vehículos y esperó su turno. Al principio, Sophie acudía emocionada a aquellos acontecimientos, pero con el tiempo habían llegado a convertirse en algo rutinario. Era sorprendente cómo había llegado a acostumbrarse a aquel mundo. Chóferes, agentes de seguridad, mandatarios sonrientes y traducciones susurradas al oído, todo ello se había convertido en rutina.

Los invitados accedían al interior del edificio protegidos de la lluvia por paraguas negros. Le habían dicho que se esperaba una gran cobertura mediática de aquel acto, pero de momento Sophie sólo había visto una furgoneta de una cadena de televisión. El equipo se encontraba a los treinta metros del edificio que exigía la seguridad. A pesar de que aquella noche iba a producirse un acontecimiento histórico y de que asistiría hasta la reina Beatriz, la noticia pasaría sin pena ni gloria. En Estados Unidos, la gente estaba demasiado ocupada viendo el último vídeo musical colgado en Internet como para preocuparse de que la geografía africana estuviera a punto de cambiar, en parte, gracias a Sophie.

Vibró su teléfono. Acababa de recibir una fotografía y un mensaje de su hijo Max: arena blanca, un mar azul y una frase: *St.Croix increíble. Papá y Nina ya están a punto. Besos*.

Sophie clavó la mirada en las palabras de Max, un niño de doce años. Sabía que aquél era el día, pero había intentado no pensar en ello. Su ex marido estaba en una isla tropical, a punto de casarse con la mujer que había ocupado la plaza que ella había dejado vacante. Cerró lentamente el teléfono y lo sostuvo contra su pecho, intentando apaciguar los sentimientos que se agitaban dentro de ella y el vacío que sentía en el corazón.

André, su chófer, encendió las luces de emergencia para indicar que estaba a punto de salir del coche. Se colocó la gorra del uniforme y tomó aire. Nativo de

Senegal, André nunca había sido un entusiasta del clima en el norte de Europa, y menos aún en invierno.

Un repentino chirriar de neumáticos y el sonido de un disparo la sobresaltó. Sin vacilar un instante, Sophie se tiró al suelo y, al mismo tiempo, alargó la mano hacia el teléfono del coche. En el asiento de delante, André hizo lo mismo. Llegó después hasta ellos una voz desde un altavoz, hablando en holandés, francés e inglés.

André bajó la mampara que separaba el asiento del conductor del compartimento de pasajeros.

–*C'est rien* –dijo–. A un coche se le ha reventado un neumático. *Merde*. Siempre hay alguna razón para estar con los nervios de punta.

Durante la semana anterior, la ciudad había estado en estado de alerta por culpa de la violencia de las bandas callejeras. Los chóferes que trabajaban para los servicios diplomáticos a menudo se convertían en blanco de robos, puesto que se veían obligados a permanecer aparcados durante horas en lugares públicos y muchas veces se quedaban dormidos en el coche.

Sophie sacó de nuevo la polvera para revisar su aspecto. Había recibido formación para enfrentarse a situaciones de crisis y había tenido que enfrentarse a algunas de las personas más peligrosas del planeta, pero nunca había llegado a temer por su propia seguridad. Siempre estaba protegida por tantas medidas de seguridad que el riesgo que corría era extraordinariamente bajo.

André alzó la mano para preguntarle sin necesidad de palabras si estaba ya preparada. Sophie asintió y tomó su *carte d'identité*. Se abrió la puerta de pasajeros y un paraguas negro sostenido por uno de los asistentes de la entrada cubrió su cabeza.

–*On y va, alors* –le dijo a André.

–*Assurément, madame*–contestó él, con su cantarín acento africano–. *J'attends*.

Claro que la esperaría, pensó Sophie. Siempre lo hacía. Y gracias a Dios. Para cuando terminara la vela-

da, iba a estar hasta arriba de champán e imbuida de una fuerte sensación de triunfo, y no tendría a nadie con quien compartir tan buena noticia. André sabía escuchar. Aquella noche, durante el corto trayecto hasta el palacio, Sophie le había confesado a André lo mucho que echaba de menos a sus hijos.

Le habría encantado que Max y Daisy estuvieran a su lado, que fueran testigos de los honores que iba a recibir. Pero sus hijos estaban a un océano de distancia, con su padre, que ese mismo día volvía a casarse. Casarse. Sí, quizá en ese preciso instante su ex marido estaba contrayendo matrimonio.

Aquella idea era como una piedra metida en el zapato. Y la triste verdad era que le restaba un poco de alegría a aquella gran noche.

Pero ya estaba bien, se regañó a sí misma. Aquélla era su noche.

Salió del coche, posó el pie sobre los adoquines empapadas por la lluvia y durante un segundo de pesadilla, estuvo a punto de caerse. Un brazo fuerte la agarró por la cintura y la ayudó a levantarse.

–André –dijo, casi sin respiración–, acabas de evitar un desastre.

–*Rien du tout, madame* –contestó él, cerniéndose sobre ella.

La luz de las farolas iluminaba su rostro serio y amable.

Se le ocurrió pensar entonces a Sophie que aquello era lo más cerca que había estado de un hombre en mucho, en demasiado tiempo. Inmediatamente cerró la puerta a aquel inapropiado pensamiento, fijó los pies con firmeza en el suelo y se apartó de él. El frío penetró en sus entrañas. Su caro abrigo de cachemira no era capaz de protegerla del frío, por lo menos aquella noche. Habían anunciado nevadas. No sería algo muy habitual en La Haya, pero la verdad era que la lluvia era helada. Bajo el ancho paraguas, se dirigió hasta el pri-

mer punto de control. Una pasarela rodeaba la llama eternamente encendida del monumento a la paz. A unos veinte metros se encontraba la entrada del edificio, decorada para la ocasión con un toldo y una alfombra. Una vez estuvo segura bajo el refugio del toldo, su acompañante murmuró:

–*Bonsoir, madame, et bienvenu*.

La mayor parte del personal hablaba francés que era, junto con el inglés, el idioma común en los tribunales internacionales.

–*Merci*.

El asistente del paraguas regresó de nuevo bajo la lluvia para ir a buscar al siguiente invitado.

La cola de la entrada principal avanzaba lentamente, pues después de llegar al guardarropa, había que pasar otro punto de control. Sophie no conocía personalmente a ninguno de los invitados de la cola, pero sí sabía quiénes eran la mayor parte de ellos: dignatarios vestidos de trajes oscuros con sus familias, africanos con su atuendo de gala y diplomáticos de todo el planeta. Todos ellos iban a rendir homenaje a un nuevo futuro para Umoja, la nación a la que la Corte Internacional acababa de liberar de un señor de la guerra financiado por una organización mafiosa dedicada al tráfico de diamantes.

Tenía una familia norteamericana delante de ella. El marido, un hombre uniformado, mantenía con naturalidad la postura erguida propia de un militar. La mujer y sus hijas adolescentes le rodeaban como si fueran naciones satélites. Sophie reconoció al militar como uno de los agregados del Cuartel General de las Fuerzas Aliadas en Bélgica. No le saludó, no quería interrumpir lo que parecía una deliciosa reunión familiar.

La mujer del militar se mantenía pegada a él, como si quisiera protegerse del frío. Era una mujer regordeta que parecía sentirse cómoda en aquella situación. Al igual que Sophie, llevaba unos pendientes de oro sencillos, no adornados por ninguna piedra preciosa. Lucir

diamantes en una noche como aquélla habría sido el colmo de la insensatez.

La familia norteamericana parecía sentirse segura y a salvo en su pequeño mundo y al verla, Sophie echó de tal manera a sus propios hijos que le dolió el corazón.

En la explanada que había delante del edificio se levantó un viento helado que le llenó los ojos de lágrimas. Parpadeó rápidamente para evitar que la máscara de pestañas se corriera. Se levantó el cuello del abrigo y se volvió para protegerse del viento. En uno de los laterales de la entrada, distinguió la furgoneta del catering. Haagsche Voedsel Dients S.A. Estupendo, pensó Sophie. Era la mejor empresa de comidas de la ciudad. Debían haber llegado tarde, pensó. Los camareros, con chaquetas blancas, empujaban frenéticos los carritos hacia la entrada de servicio y hablaban nerviosos entre ellos.

Para cuando llegó al guardarropa, Sophie estaba temblando. Había pocos lugares tan fríos como La Haya durante una tormenta en invierno. La ciudad estaba bajo el nivel del mar, había sido construida sobre terrenos robados al mar del Norte, al que se contenía por un sistema de diques. Durante las tormentas, parecía que la naturaleza intentaba recuperar su propio espacio. El viento en invierno cortaba con un cuchillo y parecía llegar hasta los huesos.

Con desgana, se quitó los guantes de piel y el abrigo de cachemira y se los entregó al encargado del guardarropa, que a cambio le entregó una tarjeta con el número cuarenta y siete. Sophie la guardó en el bolsillo del vestido, se volvió hacia la entrada y advirtió que la mujer del agregado la miraba con una mezcla de envidia y admiración.

Sophie había pasado la mitad del día preparándose para la ocasión. Se había puesto un vestido de alta costura y unos zapatos de diseño. Tenía que reconocer que el vestido le quedaba precioso. Había sido nadadora de largas distancias cuando estaba en la universidad y to-

davía competía en alguna ocasión, un esfuerzo que la ayudaba a mantenerse en forma. Llevaba la melena rubia perfectamente peinada, recogida en un moño. Bijou, su peluquera, decía que era una Grace Kelly del siglo veintiuno. Una actriz, seguramente una comparación muy apropiada. Gran parte de su trabajo tenía que ver con la representación y la imagen.

Sonrió a su admiradora siendo consciente de lo irónico de la situación. «No me admires», le habría gustado decirle. «Tú tienes a tu familia a tu lado, ¿qué más puedes pedir?».

Después de cruzar el detector de metales, continuó en solitario hasta la puerta de entrada del gran salón. Allí esperó a ser anunciada.

Se puso de puntillas y estiró el cuello para ver. Trabajaba tantas veces en el edificio de acero y cristal que albergaba la Corte Internacional que a menudo olvidaba los ideales románticos que habían llevado su carrera profesional hasta aquel punto. Pero allí, en aquél espacio tan recargado, construido por Andrew Carnegie sin reparar en gastos, se recordó que aquél era un trabajo con el que la mayor parte de la gente sólo podía soñar. Sí, era una Cenicienta, aunque sin príncipe.

El mayordomo, resplandeciente con la librea palaciega, se inclinó hacia ella para examinar su tarjeta de identificación. Llevaba un micrófono de intérprete y un audífono al oído.

–¿Tiene acompañante, *madame*?

–No –contestó Sophie–, vengo sola.

Con un trabajo como el suyo, ¿quién tenía tiempo para un príncipe?

–*Madame* Sophie Lindstrom Bellamy –proclamó el mayordomo–, *au Canada et aux États-Unis*.

De Canadá y los Estados Unidos. Sophie tenía doble nacionalidad porque su madre era canadiense y su padre norteamericano. Aunque los Estados Unidos no formaban parte de la Corte, el resto del mundo conve-

nía en la necesidad de contar con un medio para perseguir a los criminales de guerra, de modo que era la nacionalidad canadiense la que utilizaba en su trabajo. Con una sonrisa a prueba de fotógrafos en los labios, entró en el salón, resplandeciente con las luces de las arañas y los plafones de las paredes. El aire vibraba con los murmullos de los otros invitados. A pesar del calor de la bienvenida, Sophie era consciente de que aquella noche tendría que enfrentarse sola a uno de los momentos más importantes de su vida.

Descartó rápidamente aquel pensamiento con una copa de champán servida por un camarero alto de modales torpes. No iba a estropear aquella noche con arrepentimientos y dudas. Al fin y al cabo, uno no se encontraba todas las noches con la reina y recibía una Medalla de la Libertad otorgada por una nación agradecida.

La Haya era una ciudad real, la sede del gobierno holandés, y la reina Beatriz era una mujer incansable por lo que se refería a sus deberes oficiales. La familia real británica podría tener sus escándalos, pero los Oranje-Nissau de Holanda formaban una monarquía que trabajaba como cualquier funcionario del Estado. Los miembros de la seguridad recorrían el salón vestidos de civil, escrutando a la multitud con mirada incansable. Formaban todos un grupo internacional y animado. Había una mujer con un turbante en la cabeza y un vestido de alegres colores, otra con kimono y algunos hombres vestían dashikis de colores vistosos. Por supuesto, estaban también los occidentales con sus trajes y sus vestidos de noche sobrios y oscuros. Durante unos instantes, Sophie se sintió viva y vibrante, y se permitió olvidarse de su fracaso familiar. Con sus uniformes escolares recién planchados, un coro de niños cantaba con una alegría contagiosa. Sus voces llenaban aquel enorme salón gótico. La música era un festival de diferentes culturas, había canciones tradicionales para celebrar la Noche de Reyes, canciones y danzas africanas, y cánticos rituales.

El coro comenzó a cantar *Impuka Nekati*, una canción en la que representaban con movimientos de baile la persecución del gato y el ratón. Era increíble que aquellos huérfanos de guerra todavía fueran capaces de cantar. A Sophie le habría gustado poder llevarse a todos ellos a su casa. Reconocía a algunos niños porque la semana anterior habían ido unos cuantos a entregar un ramo de flores al equipo de la fiscalía.

Su lucha para acabar con los crímenes contra la infancia había absorbido todo el tiempo y la atención de Sophie, y los que habían terminado pagando por ello habían sido sus propios hijos. ¿Cuántas actuaciones navideñas y representaciones de Max y de Daisy se había perdido por culpa del trabajo? ¿Habrían cantado sus hijos alguna vez con aquellos rostros resplandecientes de alegría? ¿Habrían pasado la actuación escrutando entre los rostros de la multitud y habrían terminado con los ojos llenos de lágrimas al no ver a su madre? Cuánto le habría gustado que estuvieran allí y fueran testigos de los resultados de su sacrificio. Quizá entonces la comprenderían. Quizá entonces la perdonarían.

Había una niña, casi adolescente, todo piernas y dientes, que cantaba como si para ella el canto fuera algo tan vital como respirar, una sustancia para vivir. Consiguió acaparar toda su atención y cuando terminó la canción, Sophie se acercó a ella.

–Has cantado maravillosamente.

La niña esbozó la más luminosa de las sonrisas.

–Gracias, *madame* –contestó, y añadió con timidez–: Me llamo Fatou. Y vengo de Kumba.

No tuvo que explicarle nada más. El ataque que había sufrido aquel lugar por parte de la milicia podría rivalizar con las peores atrocidades imaginables en una guerra. Al recordar los informes de Kumba, Sophie sintió una intensa rabia hacia aquellos hombres capaces de cometer crímenes tan inhumanos contra niños como Fatou.

Al imaginarse lo que aquella niña habría sufrido, Sop-

hie no pudo menos que admirar que continuara todavía en pie y pareciera dispuesta a enfrentarse al mundo. Que fuera capaz de abrir la boca y cantar como lo había hecho.

–Me alegro mucho de que estés aquí ahora –le dijo Sophie–, a salvo.

–Sí, *madame*. Gracias, *madame* –volvió a sonreír.

Y esa sonrisa reflejó todos los motivos por los que Sophie hacía lo que hacía, por los que había terminado viviendo lejos de su familia y trabajando más horas de las que tenía el día.

En ese momento se levantó un murmullo entre los reunidos. La niña miró con aprensión, pero Sophie distinguió algunas palabras en medio de aquel rumor. Se rumoreaba que estaba nevando.

–Ven –dijo Sophie, y tomó a Fatou de la mano–. Mira por la ventana.

La condujo hasta uno de los ventanales góticos del salón y apartó las cortinas.

–Mira –volvió a decir.

Fatou se rodeó los ojos con las manos para evitar los reflejos y se inclinó hacia delante. La nieve caía en copos gruesos, convirtiendo los jardines del palacio en un lugar de ensueño que iluminaba la luz de las farolas.

–Nunca había visto nada parecido. Es mágico, *madame* –dijo Fatou admirada.

Afuera, sobre el pavimento cubierto de adoquines del camino de la entrada, cruzaron unas sombras. Sophie se inclinó para poder ver mejor, pero advirtió que el jardín estaba desierto. Deseó que Max y Daisy pudieran ser testigos del esplendor y la gravedad de aquella noche. Alegrándose de tener por lo menos a aquella niña con la que compartir la intensidad del momento, se volvió hacia ella con una sonrisa.

Fatou no lo advirtió, continuaba mirando por la ventana completamente encandilada con la nevada.

3

Después de que todo el mundo se hubiera maravillado con la nieve, se reanudó la ceremonia. Sophie se acercó hacia una larga mesa para examinar la cena. Al igual que la música, la comida representaba la comunidad de naciones allí reunidas. La bandeja de los *gougères*, unos deliciosos buñuelos de queso, le hizo la boca agua, pero resistió la tentación de probarlos. No podía comer nada. Tenía que estar perfecta para la representación de esa noche y tenía miedo de que le cayera alguna miga o se le borrara el lápiz de labios.

Para su sorpresa, la oferta culinaria, tan meticulosamente presentada en otras ocasiones, parecía un tanto desordenada; la comida y las flores parecían haberse colocado sin ninguna consideración estética. El jefe de camareros, un hombre rubio, chasqueó los dedos y musitó una orden a través del micrófono que llevaba en la solapa. Cuando se acercó a rellenar la bandeja de gambas, rompió la bandeja de hielo y Sophie le oyó blasfemar.

«Disfruta de la velada», pensó mientras tomaba otra copa de champán, porque era evidente que un hombre como aquél no iba a poder repetir la experiencia. En el tribunal más poderoso del mundo, el servicio tenía que ser impecable. Un falso movimiento y adiós.

Se abrió paso hasta un grupo de gente reunido alrededor de Momoh Sanni Momoh, el Primer Ministro de Umoja, alto y resplandeciente con una túnica de color

azafrán. Mientras esperaba a que la saludara, se encontró con una colega, Bibi Lateef, una mujer nativa de Umoja que aquella noche se había presentado con un atuendo de su país, en marcado contraste con los sobrios modelos que solía llevar a la Corte.

–Está espectacular, *madame* –le dijo a Sophie, con una sonrisa tan ancha y brillante como la luna.

La alegría de la victoria bailaba en su mirada.

Se abrazaron y Sophie retrocedió para mirar a su estimada colega.

–Estoy deslumbrada. Qué bien le sienta ese vestido.

–Me alegro de oírlo –contestó *madame* Lateef–, porque no voy a volver a necesitar la toga.

Sophie sonrió con orgullo. Su colega estaba tan preparada como cualquier jurista del tribunal y prestaría un gran servicio en el nuevo gobierno del país.

–¿Entonces ya tiene un nuevo cargo? ¿Puede decirme cuál?

–¿Qué le parece el de ministra de Asuntos Sociales?

Sophie le tomó la mano. Bibi Lateef había perdido a toda su familia en la guerra. Su pelea había sido algo muy personal. Regresar a su tierra tendría un sabor agridulce para ella.

–Me parece perfecto. Felicidades. La echaré de menos, no creo que haya nadie que tenga más ganas de concluir este caso que yo, pero de todas formas, la echaré mucho de menos.

–Hay mucho trabajo que hacer. Ahora mismo lo más urgente es atender a las familias desplazadas y a los huérfanos de guerra. Y tiene que prometerme que vendrá a vernos.

–Por supuesto.

Sophie había estado en Umoja varias veces. Era un país de una belleza conmovedora, incluso en medio de la guerra. La guerra y la invasión habían diezmado sus ciudades, pero continuaba teniendo grandes extensiones de tierra completamente vírgenes, llanuras intermi-

nables de tierra roja, montañas cubiertas de bosque y regiones surcadas por ríos caudalosos en las que las poblaciones comenzaban a recuperarse lentamente.

–Le haré cumplir su promesa –le advirtió madame Lateef. La sincera gratitud que reflejaban sus ojos le llegó a Sophie al corazón–. No sabe cuánto me alegro de haberla conocido.

–Ha sido un verdadero honor poder servir a una causa justa –contestó, y continuó observando a su colega cuando ésta se alejó de ella para hablar con uno de los niños en su lengua nativa.

Aquélla era la razón de vivir de Sophie, aquellos momentos en los que tenía la absoluta certeza de que lo que estaba haciendo era importante. De que merecían la pena el dolor y los sacrificios soportados. Pero siempre quedaba una pregunta sin contestar: ¿estarían sus hijos de acuerdo con ella?

Mientras continuaba esperando a saludar al Primer Ministro, se acercó a ella un hombre con una tarjeta que le identificaba como periodista.

–Brooks Fordham, del *New York Times*. Por favor, cuéntenos qué está pasando exactamente aquí esta noche.

Sophie le ofreció una tensa sonrisa.

–Señor Fordham, si de verdad quiere saber qué está pasando, necesitaría horas.

–¿Por qué no me ofrece una versión resumida? Y, por favor, puede llamarme Brooks.

Sophie conocía a los hombres de ese tipo: preparados, ambiciosos, atractivos y consentidos. Pero resumió obedientemente las razones que la habían llevado hasta allí aquella noche. Umoja era una nación esclavizada, oprimida por una organización europea semi legal dedicada al comercio de diamantes y por sus colaboradores africanos. Estaba gobernada por un famoso criminal de guerra, el general Timi Abacha. Durante dos décadas, la nación había estado en manos de una milicia financiada por el tráfico de diamantes y sometida a toda cla-